**Domingo 12º del Tiempo Ordinario (A). 25.06.2017: Mateo 10,26-33.**

***“Tú evangelizas, él... vosotros… y ellos evangelizan”. Y*o lo escribo… ¡CONTIGO!**

El día cinco del pasado mes de marzo fue el primer domingo de Cuaresma y en tal fecha se abandonó la lectura y proclamación del Evangelio de Mateo que se nos había propuesto por los entendidos de la liturgia de Roma como el Evangelio de este año 2016-2017. Desde entonces y hasta el domingo día veinticinco de junio, que ya han pasado meses, no hemos tenido la oportunidad de hilvanar tres domingos de lectura de un texto seguido de este Evangelio.

¿Se quiere así, papa Francisco, responsable primero y último, que el pueblo creyente conozca este Evangelio como ha manifestado públicamente en alguna ocasión? Una lectura así en nuestras misas eucarísticas es la mejor manera de ignorar qué nos ha transmitido el Evangelista que escribió este relato sobre Jesús de Nazaret. Al hablar así, me río por no llorar.

Y, para más abundamiento de esta ignorancia litúrgica, me he propuesto leer el texto de Mateo 10,26-33, el que se indica se lea en las liturgias del domingo veinticinco de junio. Un texto ‘arrancado de cuajo’ del cuerpo vivo de un discurso que el narrador Mateo pone en boca de Jesús desde el versículo 10,5 hasta el versículo 11,1. ¿Algún oyente de la celebración de la misa santa caerá en la cuenta de tal corte manipulador del mensaje de este discurso que Mateo inventa y pone en labios del evangelizador de Galilea llamado Jesús?

Este largo discurso de 10,5 hasta 11,1 sólo se encuentra en este Evangelio. En ningún otro de los tres Evangelios aparece. Se le suele llamar a este largo parlamento de Jesús ‘el discurso sobre la misión’. Entiendo que toda persona que se dice, siente y decide ser de Jesús debería de conocer todo el contenido de este discurso del Evangelista Mateo. No deseo que se me lea y se me valore o desvalore. Deseo profundamente que se lea cien veces este mensaje sobre la misión de Jesús de Nazaret. Una misión que se sintetiza en una semilla que se entierra para su germinación o en una palabra que se airea por tener su espíritu dentro: **evangelizar**.

La misión primera y principal es evangelizar. La misión segunda es evangelizar y la tercera y la cuarta. Evangelizar. Siempre. Y muy al final se podría añadir que esa misión es pastorear o sacramentalizar o catequizar o educar o gobernar o testimoniar… Esta evangelización, que no es otra cosa que el regalo de una buena noticia, comienza por realizarse allá donde se vive, en el entorno más cercano: *“No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos. Dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel…”* (10,5).

Y desde esta realidad tan cercana se irá ampliando el campo de la evangelización hasta que todo el aire que se respire por los seres vivos y los humanos sea la buena noticia de la vida compartida. ¿No sería esto con-vivir? ¿No es esto, justamente, lo que significa el mensaje último *“Yo estoy* ***en vosotros*** *siempre”* (28,20) que este Evangelista pone en boca de Jesús de Nazaret? Entender así el evangelizar y colocarlo en el centro de la vida, del proyecto y de la misión de Jesús esta tarea evangelizadora sonaba entonces a escándalo para las autoridades de la religión del Dios de Israel. Y suena a escándalo blasfemo también para las autoridades de la Religión de Trento y de su Magisterio actual. ¡Evangelizar es decir: qué bien se está aquí!

**Domingo 31 del Evangelio de Marcos (25.06.2017): Marcos 8,31 a 9,1.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Recuerdo el comienzo del texto comentado la semana pasada: *“Salió Jesús con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo y por el camino les hizo una pregunta…”* (8,27). Quiero que se recuerde a partir de ahora la palabra **‘camino’**. Camino, creo modestamente y la escribo con mayúscula, es tan importante en la narración de este Evangelio como ya lo ha sido la palabra ‘Galilea’ desde 1,14 hasta aquí. Y junto a la palabra ‘Galilea’ y la palabra ‘Camino’ habrá que tener muy en cuenta la palabra ‘Jerusalén’, sobre todo desde el comienzo del capítulo undécimo: *“Cuando se aproximaban a Jerusalén…”* (11,1).

Galilea (1,14 hasta 8,30), Camino (8,27 hasta 10,52) y Jerusalén (11,1 hasta 16,8) son tres lugares de la geografía de Israel. En estos tres lugares, según este primer Evangelio, Jesús habla y actúa siempre acompañado de personas como los doce, los seguidores, las gentes en general y, sobre todo muy especialmente desde el comienzo y sin abandonarlo nunca, mujeres (15,40 hasta 16,8), María Magdalena y otras muchas.

Me arriesgo a minimizar la información para que se recuerde siempre como si fueran titulares de un telediario del evangelio: **Galilea** es la tierra en la que Jesús anuncia la buena noticia del llamado reino de dios. **Camino** es la ruta por la que Jesús sube desde el norte de Galilea hasta la capital Jerusalén en las tierras del sur o región de Judea. **Jerusalén** es la ciudad del templo donde habita el Dios de Abrahán, Moisés, David, Salomón, Ezequiel, Daniel... de Israel. Dicho a mi manera para entenderme: **Un galileo y laico llamado Jesús de Nazaret sube, por el camino llamado de los galileos, desde su tierra hasta Jerusalén para encontrarse con el clero de su religión de la ley y el templo. Por ese Camino, este Jesús explica qué es ser mesías para él.**

El texto que ahora me invita a escribir y comentar es el inicio de la primera etapa de este Camino que recorre Jesús y que es el propio Jesús: *“Empezó Jesús a enseñarles* (a ellas y ellos que le seguían y le habían ‘divinizado como el MESIAS’) *que él tenía los días contados porque en cuanto se llegue a Jerusalén lo van a apresar, juzgar, condenar, ejecutar, crucificar y sepultar”* (8,31ss). Constatar esto no es nuevo. Ya lo había anticipado esta narradora que es María Magdalena en 3,1-6. Y como nadie se lo acabó de creer hasta que sucedió, lo volverá a repetir en 9,30-32 y en 10,32-34.

La narradora del relato nos va a presentar a este su Jesús de Nazaret a quien conoce bien como la persona que explica con paciencia ilimitada, con claridad y con inmensa ternura que su mesianismo no es el que esperan cada uno de cuantos le siguen. Esta enseñanza de Jesús o su catequesis sobre su identidad de Mesías acabará en el más absoluto fracaso. Es más, la persona que le proclamó ‘el Mesías’ es Pedro. Y la manera de pensar, creer y esperar de este Pedro es lo más opuesto a cuanto piensa, cree y espera Jesús. Jesús, dice este Evangelio aquí, que Satanás, el que se le atraviesa en el camino de su vida, no es otro que el mismo Pedro.

Y, ¿Pedro fue nombrado ‘papa’ por el mismísimo Jesús? Será en otro lugar de su vida o en otro Evangelio. Aquí, en este Evangelio de María Magdalena, desde luego que no. ¿De dónde surgió esa institucionalización del papado? De Jesús de Nazaret, no. Sólo de Pedro y de los suyos.